

HAROLDO ALVARADO TENORIO: *Recuerda cuerpo*. Bogotá: Editorial UNINCCA, 1983.

Todo verdadero poeta se conduce a sí mismo por diferentes caminos. Y él mismo es a veces un rebaño de cabras perdido en un sendero, o un judío errante que va trasegando una enorme legión de nuevos caminos. Estos parajes, que a cada paso se bifurcan borgianamente, conducen, no obstante, a un espacio secreto en donde se instaura definitivamente la voz del poeta.

Como en una galería de espejos, el verdadero rostro de la poesía se multiplica, creando máscaras bajo las cuales hay nuevas máscaras, es decir, la multitud de hombres agazapados que conviven en un mismo poeta.

Naturalmente, no todos los senderos son transitables y a veces hay terrenos moedizos donde puede encenagarse el poema. Pero si el poeta sabe portar la lámpara de los caminos y permanece en estado de alerta contra las falsas luces que provienen de algún supuesto faro, el hecho estético puede surgir de esa vigilia.

De esta misma manera, la poesía de Alvarado Tenorio hace un recuento de sus senderos imprevistos, con una memoria que no solamente recuerda los goces del cuerpo a la manera cavafiana, sino la tensión de un mundo en sobresalto, de un mundo que son casi todos los mundos posibles en una sociedad caníbal como la nuestra. Hay una geografía vasta, un mapa de senderos imprevistos en la poesía de Haroldo Alvarado.

Hay fantasmas familiares. Fantasmas que a diario nos visitan y que a veces son atrapados con sólo cerrar un libro. O que se pueden hacer aparecer con sólo volver a abrir el mismo libro en el aire de una alcoba. De tal manera, uno abre la trampa para atrapar fantasmas que es un libro, digamos la *Divina Comedia*, y Dante sale del sopor de un anaquel y nos habla con su desconocida voz, tan extraña y familiar a un mismo tiempo.

Así podemos hacer viajes fantasmas a la manera de Hoffmann, o podemos dialogar con esos muertos que viven para siempre en nuestro adentro.

Pienso en Cocteau cuando afirmaba que los museos son como la «morgue», adonde uno va a reconocer a los amigos. Asimismo me ocurre con este libro de Haroldo Alvarado. Uno entra en él y reconoce la voz de amigos desconocidos, de fantasmas familiares que habitan otros libros: Cavafis (aunque yo disfrute más de Seferis) y Pericles Anastasiades pasean bajo una lejana luna, o nuestro abuelo habanero José Lezama Lima saborea algún vino extranjero durante el largo viaje que acometía entre dos cercanas sillas, o Li Tai Po nos espera con un tonel de vino en una esquina de sus versos, justo allí, entre los rieles del poema. Si ustedes encuentran este sendero de fantasmas y escuchan un violín para extraviar viajeros, yo recomiendo que escuchen también los silencios de que está hecha la poesía de Alvarado, su sincretismo, la medida, que más que proceder de Borges le llega por la vía de los poetas orientales, para atemperar el tono, las atmósferas de su poesía. Su enemigo, en algunos poemas, podría ser cierto gusto por el exotismo, que en la poesía ha estado muy ligado al artificio.

En cuanto a esa medida de que hablo, y a su manera de encarar la historia, nada tienen que ver con ese lenguaje periodístico que ha invadido la literatura, con ese lenguaje empobrecido que ahora llaman poesía coloquial. Porque la poesía será la imagen que enriquece los hechos cotidianos, o no será. Algo más bello e inasible, como la imagen de Frazer en *El origen de la locura en Asia*, cuando cuenta cómo una tribu que invadía a los malayos entró en contacto con una desconocida

flor roja. «Se reunieron —dice Frazer— en círculo alrededor de ella y extendieron sus brazos encima para calentarse.» Una imagen que para mí concreta lo que es la poesía, algo que hoy sería desconocido por los despachos de la UPI, por las agencias noticiosas que han contaminado el lenguaje poético, haciéndolo banal.

El cuerpo ha sido otro de los temas eternamente ligados a la poesía. Ha sido visto no sólo como goce a la manera de Rabelais, como extrañamiento a la manera de Borges, como farsa a la manera de Sartre, sino como campo de rehenes o lugar donde el santo tiene sus bodegas interiores. Acá, en los poemas de Alvarado, el cuerpo memorioso tiene algo de lugar vejado por el tiempo, algo de territorio poblado por las fiebres. Y claro, de asilo en medio de las dudas.

La mirada del poeta en esta segunda parte de *Recuerda cuerpo*, que además da título a su antología, es angustiosa, es una mirada que transcurre por bares y calles de las ciudades modernas, por esa nueva temporada en el infierno que son estos paisajes fabriles, urbanos. La ruina de los cuerpos más que el goce. La ironía que recuerda las aguas de la senectud bajo rostros aún jóvenes, acechando.

Acá, el submundo de las ciudades, los lugares vedados y nocturnos, los hombres rodeados de acoso y el cuerpo siguiéndonos a todos los rincones.

Por estos parajes la poesía de Alvarado abandona como en ninguno otro ciclo de su poesía el tono desolado. Acá, por los países del sur de Colombia, donde alguna vez Aurelio Arturo evocara las lluvias, Alvarado llama a los dioses «tocando la carraca» y hay una liviandad de sueño o de cáñamo. En este sendero su poesía está tocada de ensoñación y de misterio, con imágenes de la mejor raigambre poética, con una voz que decanta las voces de sus antepasados líricos, y entre ellos, los poetas medievales, para hacerse parte del entorno.

Son muchos los senderos que tiende como un puente este libro. Y en todos ellos hay una especie de comezón contra el hombre doméstico, el expediente a una realidad inane. Cuando Jack Gilbert, ese poeta norteamericano que logra ver la mosca invisible en la nariz del orador, a la manera de Bataille, expresa su visión de la poesía, me recuerda cuál debe ser la actitud más digna de un poeta. Dice Gilbert: «Corrección es, exactamente, lo que no debemos pedirle a la poesía. Si se trata de poesía importante, constituye necesariamente una perturbación de la paz. Un buen poeta nunca es un hombre bueno, nunca es doméstico. Los poetas amenazan la forma y los supuestos de nuestra vida, nos impulsan hacia lo que debemos ser en vez de apaciguarnos en lo que somos. Es probable, por tanto, que la poesía importante nos llene de desazón. La poesía que constituye sólo un orden moderado no es más que un desierto.» Así, esta poesía de Alvarado intenta levantar la alfombra que ha tendido la costumbre para mostrar lo que se oculta bajo ella: todo aquello que no se menciona, que se evita a todo trance en la pulcra poesía colombiana, tan acicalada como un cochero de pompas fúnebres, como un muerto al que los críticos prodigan sus afeites.

JUAN MANUEL ROCA